

LA LUCHA POR EL PODER EN EL MUNDO

Todo el mundo lucha por el poder. Es el impulso hacia la abundancia de vida, a asegurar ésta, a tener el máximo de medios a disposición propia y el mínimo de trabas para utilizar los que se tengan y para el movimiento que exija su impulso vital. Mackinder, en su artículo *The physical basis of Political Geography*¹, habla de dos términos que se han hecho clásicos en Geografía Política: «asentamiento del hombre» y «movimiento del hombre». En el primero incluyo otro notable autor, S. B. Jones², la población, la cultura y la base material de un pueblo; en el segundo, la atmósfera, los océanos y las islas, los interiores continentales, las periferias y la Región Nórdica, por donde el hombre puede moverse. El primero sirve para determinar la potencia nacional y el segundo es componente principal que moldeará su estrategia. Indudablemente que éstas son grandes divisiones generales en las que luego se inscribirían los datos relativos a formas de terreno, recursos, utilización de los mismos, grupos de edades, urbanización y todos los que pueblan los tratados de política, economía y estrategia para determinar la potencia de un país y su proyección.

Elevando de escalón los clásicos datos de un problema táctico militar, misión, terreno y medios, y dejando a un lado al enemigo que sólo existirá en situación de guerra, aunque pueda existir potencialmente, podemos identificar al primero con los fines que un grupo humano se ve impulsado o decide, de un modo calculado, perseguir, es decir, la política. Como terreno entenderemos la zona geográfica donde se desarrolla su vida contando el entorno que le rodea, ocupado por otros grupos, la atmósfera y el mar. Los medios serán aquellos con que la naturaleza le ha dotado, en suelo y recursos, avalorados por el partido que su inteligencia y su técnica hayan sabido sacar de ellos. También

¹ H. J. MACKINDER: *The Physical basis of Political Geography*; Scottish Geogr. Mag., volumen 6, 1890.

² S. B. JONES: *Global strategy views*. Readings in Military Geography. Ft. Leavenwath. U. S. A. Army, 1959.

es importante en este aspecto su actitud social ante la vida, sus hábitos de respuesta, su ideología religiosa y política, que muchos deterministas consideran forzada por la relación suelo-psyque. Por último, de todo esto y de las situaciones vitales viene lo que hace con esos medios y cómo lo hace, esto podría ser la estrategia.

Respecto al espacio geográfico que ocupan, los pueblos pueden estar, en los interiores continentales, en la periferia, en las islas y, dentro de éstas, en zonas inaccesibles o de difícil paso por mar o tierra, caso de los desiertos, selvas y de la citada región nórdica, que si difícil por tierra, es fácil y rápido su paso por aire. Jones la llama una «zona pivote aérea». A su vez, las periféricas pueden tener costas recortadas, macizas y de difícil penetración hacia el interior o heladas la mayor parte del año, e incluso ambas cosas.

De ello podemos abstraer dos actitudes fundamentales en su devenir histórico: una actitud que podemos llamar marinera y otra interior terrestre. Las islas y también las zonas periféricas han desarrollado su comercio, principalmente por las rutas del mar. Estas últimas han estado también más expuestas a la agresión de otros poderes navales y si en Eurasia han significado en la historia pasada rivalidad política, en América y Africa han dominado el interior debido a las especiales características de estos continentes y a su reciente advenimiento a la concurrencia mundial.

En Europa, ha existido en los últimos tiempos la potencia naval inglesa, que alcanzó su cenit el siglo pasado, frente a la continental europea, cuya hegemonía ostentaron España, Francia y Alemania. Cuando le ha tocado el turno de ser la más fuerte a Rusia, ya se había transformado en potencia continental eurásica e Inglaterra ha pasado a ser un satélite de los Estados Unidos que heredaba el rango de poder naval más importante del mundo. Y aquí tenemos las dos superpotencias que luchan por la primacía terrestre: los Estados Unidos intentando aglutinar y encabezar un conjunto de características marítimas preponderantes que se bautiza con un nombre geográfico que expresa un concepto ideológico y cultural, Occidente, y la Unión Soviética, que intenta dirigir el opuesto, Oriente. Con palabras inspiradas en la guerra psicológica, al primero se le llama mundo libre por los occidentales, reservando para el segundo el de «comunismo»: «el comunismo avanza...», se ha dicho, cuando se debía haber dicho: la Unión Soviética avanza, porque el comunismo, realmente, ha sido un arma estratégica psicológica para el imperialismo soviético, lo mismo que la democracia—cuya verdadera esencia, por otra parte, las dos grandes potencias se atribuyen—lo ha sido para el americano. Los comunistas llaman a

Occidente mundo capitalista, burgués e imperialista, y a sí mismo se conocen con el de democracias populares, instauradoras del progreso y la justicia. Su objetivo han sido las masas insatisfechas que ansiaban disfrutar todos los bienes detentados por la rica burguesía de las ciudades occidentales y todo eso que no tenían es lo que les ofrecían y ofrecen, aunque ahora de otro modo, especialmente a las propias. Al paraíso que para después de esta vida ofrece la religión, ellos los consideran el efecto de una droga que los grupos burgueses detentadores del poder emplean para adormecer a las masas trabajadoras e impedir que las justas demandas de éstas les apeen de sus privilegios. El paraíso que ellos ofrecen está en esta tierra y le llaman instauración del socialismo, que es el suyo, naturalmente.

Sin embargo, este socialismo soviético ha sufrido los golpes de la industrialización, con el mayor aporte de bienes de consumo y el mayor deseo de consumirlos—por eso se ha dicho que con el comunismo acaban las amas de casa—, y por consiguiente el modo de producirlos mejor y más barato para satisfacer a esas demandas en la mayor medida. Esta mayor productividad se sale de la esfera ideológica romántica y entra dentro de la tecnocracia. Se ha simbolizado en un nombre, muy traído en estos últimos tiempos: profesor Liberman, y ha llevado al poder a un político tan opuesto a los habidos hasta Jruschef como es Kosigyn. Ha sufrido otro golpe, y éste se llama Mao Tse Tung, pero aquí no es sólo la reacción a esa nueva actitud del comunismo ruso, propia de un país que ha alcanzado la industrialización y que ellos atacan psicológicamente llamándola revisionismo, sino que entra en casi mayor medida la realidad geopolítica de esa masa continental, esta vez con salida a mares templados, que es China. Hay que comprender la realidad de esta inmensa unidad racial, la mayor del mundo, con una civilización antiquísima, con unas cualidades de adaptación a las circunstancias y espíritu de sacrificio increíbles y con una necesidad de espacios y modernización urgentísimas solamente para satisfacer necesidades vitales urgentes. Si a esto añadimos un espíritu expansionista y guerrero, nos daremos cuenta que el conflicto entre las dos potencias comunistas es serio y su origen tiene causas más profundas que su simple divergencia ideológica. Es un conflicto de intereses y sólo un peligro común las llevaría a unirse. La tendencia expansionista centrífuga de China se encuentra, por un lado, frente a la potencia continental por excelencia de la tierra, y por el otro, frente a la mayor potencia marítima. La primera que ha puesto bajo su dominio grandes espacios de Europa y Asia, aún espera engullir lo que queda de ambos continentes para luego, con Africa, redondear la famosa Isla Mundial de Mac-

kinder³ y hacerse, a renglón seguido, con el dominio del mundo. Norteamérica sólo desea salvar el cinturón costero de dichos continentes, con América del Sur y también Africa, cuyos puertos le aseguran el monopolio marítimo. El nacimiento en Asia de un tercer poder, procurará la sirva para mantener el equilibrio con la U. R. S. S., y por eso la contiene en el Sur para que la fuerza expansiva se vuelva contra el Norte. Verdaderas marcas fronterizas de hogar —cinturones fragmentados las llama Cohen⁴—son Oriente Medio y Suroeste Asiático, a las que yo no veo inconveniente en añadir Europa Central, Sinkiang, Tibet, Nepal, Mongolia y el Artico.

No es extraño por ello que en la actualidad Mao Tse Tung se haya revuelto contra los dirigentes soviéticos y les acuse de un acuerdo con los EE. UU. para repartirse el mundo. Su técnica de lucha a esta escala global es la clásica marxista de la lucha de clases, pero elevadas éstas a la categoría de clases nacionales y en las cuales los proletarios son los pueblos subdesarrollados, suministradores de materias primas y alimentos, al mismo tiempo que grandes mercados para los productos industrializados de las grandes potencias. Estos pueblos al estar situados, en su mayor parte, en Africa y Asia y ser de color, permiten a China, de estas mismas características, identificarse con ellos, proporcionándola una vulnerabilidad unificadora⁵ en su guerra psicológica a escala mundial: la de la unidad afroasiática. En el interior de ellos promueve «guerras de liberación nacional» para librarlos del hambre, ignorancia, miseria y del imperialismo, sea anglosajón o revisionista soviético y en el interior propio se afana en construir, bajo los principios de Mao, el tercer gran poder geopolítico de la tierra con características intermedias de los dos que hemos citado: continentalidad acusada defendida por barreras desérticas y montañosas y también puertos a mares abiertos que multiplicarían su valor si poseyese las costas del Sudeste Asiático. El dominio de esta región y la India harían de China el mayor poder de la tierra, una vez puesta al día en ciencia y técnica moderna. Ciertamente que aún no está cercano este día y ha de contentarse con hacer valer su continentalidad y su enorme capital demográfico para evitar la invasión y subvertir la parte de entorno que pueda. A ella sola, con sus únicos medios, le será muy difícil no sólo alcanzar a los otros dos colosales en el perfeccionamiento industrial y técnico a que han llegado, sino aun de crear este poder que

³ H. J. MACKINDER: *Democratic Ideals and Reality*. Holt & Co, New York, 1942.

⁴ S. B. COHEN: *Geography and Politics in a Divided World*. Methuen, London, 1963.

⁵ Fernando FRADE: *La Guerra Psicológica*. Cía Bibliográfica Española, Madrid (en preparación).

le proporcione las flotas de combate navales y aéreas que apoyen su expansión hacia el exterior. Ni siquiera su hermana en ideología está dispuesta a prestarle ayuda en este sentido, más allá de lo que se lo permita su propia seguridad, y ése también ha sido uno de los motivos del resentimiento chino.

Vemos, en consecuencia, en la acción comunista, examinada en conjunto, un comunismo que, aunque agresivo siempre y sin amor a Dios, no lo es sin amor al dinero o a los bienes materiales y a las comodidades, lo cual es lo mismo. Es el de la U. R. S. S., cuyos ciudadanos ya han comenzado a gustar la vida muelle que se va pareciendo a la de las sociedades industriales occidentales. El otro comunismo, el de China, dogmático y rígido, teñido por el resentimiento y la apetencia insatisfecha, no ha alcanzado todavía ese tinte de aburguesamiento y es más enemigo, por tanto, de la religión, de la libertad individual y de toda forma de propiedad privada, aun disimulada bajo el nombre de «estímulos» o «productividad racional». Los dos lucharán contra Occidente porque está en su raíz misma el hacerlo y, a falta de guerra generalizada, seguirán la «guerra por otros medios»—que así llamaba Lenin a la política, parodiando a Clausewitz—. Esta entraña, subversión, con preponderancia de acción psicológica más que de terrorismo, conflictos limitados donde surja una debilidad, generalmente en la zona de las marcas, y toda esa gama de acciones tan conocidas y divulgadas que constituyen el «conflicto prolongado».

En esto de la subversión quiero hacer una aclaración, y es que toma infinitas formas, según el grupo humano donde se realiza. Es distinta la que se lleva a cabo en pueblos poco desarrollados con masas incultas y supersticiosas (y distinta si éstas son profundamente religiosas o no lo son, si respetan realmente a sus dirigentes o no), que en pueblos cultos de gran nivel de vida y además dotados de altos ideales con vida espiritual activa intensa. Entre éstos la labor es la más difícil, pero también esta clase de pueblos son más difíciles de encontrar. La subversión dirigida a esas masas que dedican casi la totalidad de su esfuerzo a satisfacer sus necesidades más vitales, conducidas por minorías egoístas que tienen casi toda la propiedad en sus manos y el poder, es la más fácil de hacer prender en la masa, puesto que sólo basta con prometerles lo que tienen los pocos envidiados. La subversión contra gentes cultas y sobre todo de gran espiritualidad ha de ser más sutil. Entre las distintas minorías intelectuales y también entre las de lectores de publicaciones tipo Digest la lucha se eleva al plano científico o al disfrazado con la ciencia—si antes decíamos que con el comunismo acababan las amas de casa, ahora podemos decir, con los racionalistas a ultranza, que con las ideologías acaba la técnica—. La

primera es la que ahora hace el Vietcong en Vietnam al decirles que las tierras que labran serán para ellos, librándose del terrateniente que vive en Saigón divirtiéndose, apareciendo él o sus administradores de cuando en cuando a llevarse el producto de sus cosechas y los funcionarios del Gobierno a cobrarles los impuestos. Si ellos se hacen cargo del poder, el único propietario será el Estado, un propietario sin rostro, que les dejará una pequeña parcela para sus necesidades, la cual con el tiempo producirá más que el resto de la propiedad, y entonces quizá aparezca otro profesor Liberman que diga que la planificación empresarial es más eficiente que la estatal y que el incentivo aumenta la producción. La segunda usa conceptos científicos o pseudocientíficos, tomados generalmente de la ciencia económica o política, tales como racionalismo científico, productividad, eficiencia, justicia social, renta *per capita*, redistribución de la riqueza... Estamos en una época en que se rinde culto a la ciencia, y la capa pensante del ser humano está por encima de la sintiente o la intuitiva. Es decir, un materialismo frío y despiadado que relega los sentimientos al rango de reacciones químicas. Entonces la lucha se centra en qué sistema ideológico es más eficaz para conseguir a más corto plazo el máximo de ventajas materiales y mínimo de trabajo con menos perturbaciones para la comunidad. ¿Comunismo o democracia occidental? Todavía está reciente el programa del partido comunista de la Unión Soviética expuesto por Jruschef en el XXII Congreso y que el equipo sucesor no ha condenado, sino que se ha lanzado a su consecución. Lo único malo de él fue que esa predicción de que en 1970 la U. R. S. S. superaría la producción de los EE. UU., no parece estar al alcance de su mano ni tampoco ese paraíso de vida gratis y el menor número de horas de trabajo en el mundo. Este bombardeo de promesas de vida, cada vez más muelle, se respalda con la construcción creciente de toda clase de ingenios de guerra a cual más potentes y difíciles de localizar y de los que permitan ir por delante en la conquista del espacio. Es decir, la persuasión psicológica más refinada por medios de comunicación que alcancen a todas las capas de la población, apoyada por el arsenal más terrorífico imaginable, lo cual también es una forma de acción psicológica.

Es difícil, por no decir imposible, librarse de esta propaganda, y mucho más ver claro a través de la enorme cantidad de ella, procedente de tantas fuentes imposibles también de averiguar su procedencia. Por eso hemos de buscar nuestra verdad, la que menos desgarros produzca en nuestra personalidad, individual y social, y la que nos dé, por tanto, un equilibrio estable. Por eso mismo, también cuando se habla de subversión, no se puede hablar

en plan general, hay que pensar en la subversión nuestra, en la que se producirá en el seno del pueblo que trate de prevenirla, ya que no va a ser la misma la que se produzca en Vietnam que en Suecia. Por eso las experiencias, que tanto se citan de Francia en Argelia y en Indochina, o de Inglaterra en la península malaya, o de los norteamericanos en Vietnam, sólo tienen validez en cuanto a aspectos generales, máxime tratándose de fuerzas militares entre poblaciones extrañas, que los ven como extraños y muchos de ellos como intrusos explotadores. No es el caso de unas fuerzas de orden nacionales, dedicadas a defender unas tradiciones que son consustanciales con su personalidad, dentro de su propia nación. Ahí está el hontanar de donde fluye el empuje de un pueblo, en la tradición, en lo auténtico de su personalidad, desarrollado de modo que tenga en cuenta el paso del tiempo. Con palabras tan del gusto de la formación científica actual, diríamos que esa fuente reside en el inconsciente colectivo donde se guardan, según nos ha descubierto Jung, las experiencias de todos nuestros antepasados. Hay que tener mucha vitalidad para ello, pues las conquistas científicas se suceden con rapidez de vértigo y exigen un esfuerzo de adaptación enorme muy difícil de hacer compatible con el mantenimiento de las esencias tradicionales. Hasta entre los orientales que nos parecían tan inmovilistas se ha dado el fenómeno revolucionario chino cultural. Hay que ser un genio para ser un buen político o quizá no haga falta esto, sino un hombre muy equilibrado de mente y sobre todo muy estable emocionalmente.

Mientras tanto, volviendo a la lucha entre los tres grandes espacios geopolíticos apuntados, pertenecientes a dos sistemas ideológicos generales, no hay que olvidar que el nacionalismo no ha muerto. Soterrada bajo la lucha ideológica está la lucha de razas. El temor ya clásico al «peligro amarillo» puede unir a rusos y occidentales, y por ello vemos a todos neutralizados, dando lugar a un equilibrio que en el momento actual lo es entre tres centros de poder, ya que es difícil que una Europa pueda unirse no en un estado supranacional, sino ni siquiera en una federación aceptable. Son muchas las diferencias existentes entre sus muchas nacionalidades, que serían aprovechadas lo mismo por la U. R. S. S. que por los EE. UU., para seguir repartiéndose su influencia sobre ella. Lo que sucedió en tiempos de Carlos I, Napoleón, y recientemente con Hitler, se repite ahora con la U. R. S. S.: unión de las nacionalidades celosas de su independencia frente a un poder unificador más fuerte y también nacionalidades celosas de un poder supranacional independiente de los dos grandes poderes que se reparten su influencia sobre ella, simbolizada en el slogan: la

Europa de las Patrias. La Europa marítima es lo que le falta a la U. R. S. S. para redondear su dominio sobre el Occidente de Eurasia, la cual también se ve expuesta a depender de Norteamérica para siempre en forma de un dominio económico. Por eso puede aprovecharse de los dos practicando un neutralismo activo que le permita conservar su relativa independencia, ya que Norteamérica sin Europa es muy difícil que mantenga su rango de suprema potencia marítima, aunque conserve el polo y se mantenga a Hispanoamérica en la zona de influencia americana⁶, como pretenden Seversky y otros geopolíticos aéreos y eleve al infinito su poder en cohetes de largo alcance. Esta es la razón por la que Norteamérica ha convertido al Atlántico en un Mediterráneo a gran escala intentando echar las bases de una Comunidad Atlántica, silenciada estos últimos tiempos a causa de la hostilidad de Francia, inclinada al neutralismo.

En cuanto a Iberoamérica y Africa, la primera, con una personalidad independiente basada en su herencia cultural ibérica, lucha por desarrollarse, teniendo como inconveniente la división de sus nacionalismos egoístas: los 100 cachorros del león español que dijo el poeta, cuyo centenario hemos celebrado. La lejanía de la U. R. S. S. le impide practicar con fuerza un neutralismo activo que haga más viable sacudirse la dependencia económica de los EE. UU. Ellos, más fácil que Europa, podían conseguir su unión, económica primero y política después, y constituirían una unidad geopolítica independiente con ideología propia, de fuerte componente hispana por herencia, sin que la U. R. S. S. tenga grandes posibilidades de que ésta sea la comunista, a pesar del gran esfuerzo de subversión que realiza, pues aun en el caso de que lo logaran, sucedería lo que en China. La posición actual de los gobiernos iberoamericanos luchando contra esta subversión, luchando también contra la agobiante presión psicológica y económica norteamericana y empeñados en una batalla contra el subdesarrollo con medios escasos es difícilísima y agotadora.

Por lo que se refiere a Africa, más retrasada en su evolución que Iberoamérica y con una división que en la mayoría de las propias naciones que constituyen el continente llega a la atomización, hace que sea un campo de guerra fría despiadada entre las grandes potencias industriales del mundo sin posibilidad en mucho tiempo de crear espacios geopolíticos de importancia.

FERNANDO FRADE.

⁶ A. P. DE SEVERSKY: *Air Power: Key to survival*. Simon and Schuster, New York, 1950.